

El concepto de mundo en S. Ireneo: * La Fe de la Iglesia como norma

Los Apologistas nos hacen abrir el horizonte hacia el complicado mundo intelectual helenístico del siglo II. Las escuelas filosóficas de los grandes pensadores no habían sabido mantener, a la altura adecuada, el pensamiento de sus maestros Platón y Aristóteles. Aun Zenón y Pitágoras quedaban ya un poco lejanos, si bien seguían influenciando, con potencia, determinadas tendencias de los espíritus del tiempo. Una cierta decepción, ante las insuficiencias y las contradicciones de los filósofos griegos entre sí, había hecho surgir en muchos la desconfianza, el escepticismo. Y, como es natural, donde las raíces lógicas flaquean, brotan desenfrenadas las aventuras de la fantasía. El recurso a las lucubraciones misteriosas, cabalísticas, es una tentación.

* *Nota previa.* En este capítulo citaremos con varias cifras, separadas entre sí por comas, los textos de *Adversus Haereses*. La primera cifra corresponde al libro; la segunda, al capítulo, según la edición de Migne (PG vol. 7); la tercera, al número dentro del capítulo. Aunque hemos tenido presente también el texto griego, hasta ahora publicado en la edic. S. C.

Con la abreviatura Dem. entendemos la *Demonstratio Apostolicae Praedicationis* de S. Ireneo. Hemos tenido a la vista la ed. S. C., vol. 62, de L. M. FROIDEVAUX, *Irénée de Lyon, "Demonstration de la prédication apostolique"*, Paris 1959; así como *St. Irenaeus, "Proof of the Apostolic Preaching"*, de J. P. SMITH, en la colec. ACW, 16 Newman, London 1952.

Para la *Traditio Apostolica*=TA, nos atenemos a la 2.^a edición de B. BOTTE, *Hippolyte de Rome, "La Tradición Apostolique"*, SC (11 bis), Cerf. Paris 1968. Con la sigla DG nos referimos a *David et Goliath*, de HIPÓLITO. Las dos cifras que siguen a la sigla indican el capítulo y el número de la edición del CSCO, vol. 264, *Scriptores Iberici*, tom. 16.

Pero en el siglo II esa tentación se concreta y toma fuerza con la presencia al alcance de la mano de las filosofías y los cultos místicos del Oriente. Ya el pensamiento griego, tras las conquistas de Alejandro, había entrado en contacto con la cultura oriental. El influjo orientalizante se acentuó en el mundo romano después de las victorias de Pompeyo sobre los orientales, y con el establecimiento pacífico del Imperio Romano en Egipto y Oriente Medio. El extremadamente agudo dualismo oriental, con su infinito campo abierto a las cábalas y fantasías, con que había que colmar de intermediarios el abismo abierto entre el espíritu y la materia, seducía a los espíritus inquietos del siglo II. Su aparente solución al problema del mal, su aspecto ocultista, sus religiones místicas, no dejaron de hacer impacto en los espíritus, en la búsqueda de una sabiduría que salvase, de una sabiduría religiosa.

El mismo judío Filón había ofrecido al mundo una especie de síntesis del filosofar griego con los influjos de la cultura oriental, en sus estructuras mentales hebreas. Platón y Pitágoras, leídos a esta luz, e interpretados en este contexto, ofrecían posibilidades nuevas a la especulación. Así pulularon en este siglo los intrincados laberintos de los sistemas gnósticos, trampa puesta a cualquier pensador cristiano de la época.

No era fácil a un pensador contentarse con la austera especulación cristiana, unas cuantas afirmaciones girando en torno a la fe escueta en el Verbo de Dios hecho carne, frente a las posibilidades que le ofrecían tantos prodigios de elucubración gnóstica. El cristianismo se había extendido también, como hemos podido comprobar ya, entre hombres cultos. No todos supieron escapar a las complicadas redes de esa tentación, ni fueron hallados tan firmes como para mantener su fe por encima de todo contagio. He aquí una de las grandes pruebas por las que hubo de pasar la Iglesia a través de su historia: el gran peligro interno de las herejías gnósticas. Hoy, quizá, estamos más preparados para comprenderlo, pues nuestra época presenta no pocos puntos de contacto con la situación espiritual del siglo II de nuestra era.

EL HOMBRE DE IGLESIA EN EL AMBIENTE GNOSTICO

S. Ireneo es un hombre de fe y un hombre de Iglesia que siente como en carne propia el terrible peligro. Percibe doloro-

samente, como pastor de almas, la enorme desorientación que los diversos pensadores heréticos ocasionan dentro del pueblo fiel. No viven ya los hombres que conversaron con los Apóstoles y recibieron de ellos directamente el mensaje de la fe. El cristianismo se ha ido extendiendo y poniendo en contacto con las diversas culturas, casi todas ahora amalgamadas, en el mundo conocido, bajo esa mezcla ecléctica de colores que presenta el helenismo del siglo II, tal como lo hemos descrito sucintamente. ¡Cuántos intelectuales cristianos sienten la tentación de la cultura ambiente! ¿No podría presentarse también el cristianismo con los alicientes de las elucidaciones gnósticas? ¿Es que no admite esa interpretación? Más de uno ha cedido al atractivo de la empresa. Comienzan a pulular acá y allá diversas interpretaciones gnósticas del contenido de la fe. Los cristianos se van desorientando entre tantas doctrinas diversas, que se presentan todas como cristianas. ¿Cómo distinguir la verdadera de la falsa? ¿Cuál es la norma de la verdad entre opiniones tan diversas?

Basíledes, en Alejandría, con su preocupación por el problema del mal. Valentín, exportando sus ideas sobre los eones, y dividiendo la humanidad en naturalezas diversas con respecto a la salvación (pneumáticos, psíquicos e hílcos), desde Roma mismo, para que su influjo fuera más potente. Los valentinianos Ptolomeo y Heracleón, en Italia y en la Galia. Axiónico y Bardesanes, en Egipto y Siria. ¿Dónde queda la fe, el contenido realista de la fe revelada por el mensaje evangélico, al verse manipulado por las fantasías alegoristas, traídas con frecuencia de fuentes paganas, y sólo aproximadas a la narración bíblica, para darles autoridad por medio de artificiosos juegos de ingenio?¹

La Iglesia reacciona, contra todas estas adulteraciones que pretenden reemplazar a la verdad salvífica por autoridades y pen-

¹ Véase a este respecto el capítulo dedicado a la crisis gnóstica en *Storia della Chiesa*, A. FLICHE y V. MARTIN, vol. 2, *Dalla metà del II secolo all'editto di Milano*, p. 1-35: G. LEBRETON y G. ZEILLER, L.I.C.E., R. Berruti & C. Torino, 1938.

Allí leemos respecto a los marcionitas: "Los marcionitas que distinguen tres principios admiten junto a Dios, Padre de Cristo, y al Dios de los judíos, un dios malvado que es el dios de los paganos. Esta concepción, que se hace cada vez más común entre los marcionitas, revela el dualismo radical que Marción había tratado de evitar, pero hacia el cual le arrastraba el impulso ciego que había dado a su secta, a pesar suyo. Pronto se perderá de vista la figura del Demiurgo, Dios de los judíos, para no verse más que los dos grandes principios rivales, el Dios bueno y el dios malo, y ésta será la gran antítesis del maniqueísmo, que

samientos humanos —todo lo que se quiera de acuerdo con la época—, apretando sus filas en torno a la autoridad de los Pastores, dejados por Jesús al frente de su obra. Lo mismo hará contra el dualismo radical a que conduce el abismo abierto por Marción entre el Antiguo y el Nuevo Testamento. Y lo mismo contra la nueva difusión de un espíritu carismático incontrolado, que infestaba con su profetismo fanático el Asia Menor, por obra de Montano y sus seguidores.

S. Ireneo formulará categóricamente la norma de la Iglesia:

“La tradición de los Apóstoles se manifiesta en el mundo entero. Quien quiera ver la verdad, no tiene más que observarla en todas las iglesias. Podemos enumerar los Obispos que han sido establecidos por los Apóstoles y sus sucesores hasta nuestros días. Ninguno ha enseñado ni conocido nada semejante a estas locuras... Pero como sería largo en demasía transcribir aquí la lista de la sucesión en todas las iglesias, examinaremos la más grande y la más antigua, reconocida por todos, fundada y establecida en Roma por los gloriosísimos Apóstoles Pedro y Pablo. Demostraremos que la tradición, que ha recibido de los Apóstoles y ha predicado a los hombres, ha llegado hasta nosotros por la sucesión de los Obispos. Confundiremos así a todos aquellos que por complacencia en sí mismos, por vanagloria, por ceguera o por error, piensan diversamente de como se debe. Puesto que es con esta iglesia, por la autoridad de su origen, con la que deben estar de acuerdo todas las demás iglesias, es decir, todos los fieles de cualquier parte que procedan: en ella se ha conservado por los fieles de todas partes la tradición que procede de los Apóstoles”².

Los que se llaman cristianos, pero no reciben de la Iglesia el alimento de vida, no beben en la pura fuente que brota del Cuerpo de Cristo, se han excavado cisternas en la tierra y de

hará olvidar todas las de Marción, que, sin embargo, había sido su preparación”, p. 29, vol. cit.

Y respecto a la crisis del profetismo montanista: “Los obispos comprendieron el peligro. Habrían podido ser tolerantes con un ascetismo rigorista, que se hubiese contentado con predicar ayunos y abstinencia, prohibir las segundas nupcias y recomendar la castidad (se entiende la virginidad); y hasta con un milenarismo como el de Justino, o de Ireneo, que daba acogida a una interpretación menos literal de las profecías del Apocalipsis; pero no se podía tolerar un mensaje que presentándose como profético, pretendía ir más allá del Evangelio y repudiar a la jerarquía”, p. 34.

² Adv. Haer. 3,3,1-2.

ahí sacan un agua fangosa, huyen de la fe de la Iglesia que los guiaría, rechazan al Espíritu, porque: "Donde está la Iglesia, allí está el Espíritu de Dios, y donde está el Espíritu de Dios, allí está la Iglesia y toda gracia; y el Espíritu es la verdad"³.

Para los gnósticos heréticos, las frases de la Escritura son como piezas de un rompecabezas. Les sirven para que, combinadas entre sí, salgan a luz las imágenes irreales y blasfemas que ellos construyen⁴. "Sacrifican el hálito del Espíritu al esquema lógico, y revelan constante inadecuación entre el mensaje de Jesús y las categorías híbridas de una *religio mentis*"⁵.

Pero los gnósticos cristianos auténticos (los verdaderos teólogos), los verdaderos creyentes, encuentran en el mensaje revelado el verdadero sentido; porque combinan los diversos elementos esparcidos en toda la S. Escritura, de acuerdo con 'la hipótesis de la fe', es decir, según el significado que les ha atribuido la fe de la Iglesia⁶.

EL CONCEPTO DE MUNDO RELACIONADO CON LA SUSTANCIA DE LA FE

En el punto que a nuestro trabajo afecta, 'el concepto de mundo', S. Ireneo nos transmite ese mismo espíritu de continuidad en lo esencial, ateniéndose al sentido transmitido por la fe de la Iglesia sobre el modo cristiano de mirar la realidad, mostrando escaso interés por lo que no se relaciona con el mensaje de la revelación y con la tradición de la Iglesia. Su enfoque

³ Adv. Haer. 3,24,1.

⁴ Véase a este respecto el pasaje contenido en Adv. Haer. 1,1,15,20.

⁵ Cfr. el precioso libro de A. ORBE, *Antropolgía de S. Ireneo*, BAC, Madrid 1969, p. 529; allí también se lee: "Yo no tendría reparo en afirmar que tan agudos son los gnósticos y tan coherentes como los eclesiásticos. Delatan, sin embargo, un espíritu ajeno al Nuevo Testamento, y singularmente a S. Pablo." "Entre multitud de noticias y aun ideologías, (S. Ireneo) se apropia las más simples, ceñidas al *sensus Ecclesiae*, que apenas exceden —al parecer— la regla de fe o la predicación apostólica. En las propias conexiones doctrinales, a la sazón más indefinibles que nunca, acierta con la más armónica, impersonal, con la que menos le compromete en especulaciones y mejor le libra de contaminaciones en boga."

⁶ Cfr. nota 4 de este trabajo y Adv. Haer. 4,34,1-2.

"Hipótesis" en su sentido griego, es decir: base, fundamento. La fe de la Iglesia ha de sostener toda teoría que pretenda solidez. "Hay que estar dispuesto a renunciar a la ciencia antes que a la fe y al amor, según S. Ireneo" (Adv. Haer. 2,26,1).

mismo de las cuestiones nos lleva directos a las estructuras básicas de la fe.

Este mundo en que vivimos, escenario de la historia humana esencialmente relacionada con Dios, es como una *prisión, en tinieblas*, en la que ha brillado la luz de Cristo: "Su luz apareció e hizo desaparecer las tinieblas de la prisión" (Dem 38). *No porque el mundo sea ajeno a Dios* (Adv. Haer. 4,30,3): si entendemos por mundo la comida, el vestido, al dinero y demás necesidades de la vida humana en la ciudad terrena. Ni porque la materia tenga un principio distinto del único Dios "Padre, Creador del mundo y Plasmador del hombre"⁷, como es fácil probar por las mismas palabras del Señor, contra lo que creen Carpócrates y sus seguidores (Adv. Haer. 2,11 y 12).

Pero el mundo es *tinieblas*, en el dominio de la incredulidad y apostasía (Adv. Haer. 4,29,2). Sólo Cristo abre el horizonte, dando sentido a nuestra actividad terrena y proyectándola con su luz hasta la vida eterna, al liberar al hombre de la esclavitud y las cadenas en que lo retenía Satán por la apostasía de su desobediencia al Creador (Adv. Haer. 5,21,3).

He aquí, planteada en su núcleo, la lucha que nos manifiesta la revelación divina entre la luz y las tinieblas. No es que el hombre esté predeterminado por las fuerzas del mal. El hombre, creado por Dios para que llegue a ser en su perfección imagen y semejanza suya (Adv. Haer. 4,38,3), es libre desde el comienzo, a imagen de Dios, a cuya semejanza ha sido hecho" (Adv. Haer. 4,37,4). Pero precisamente la libertad que le ha sido dada deja en su poder la desobediencia al mandato divino, la pérdida voluntaria del bien, que no ocurre sin su propio daño y perjuicio (Adv. Haer. 4,37,4)⁸.

⁷ Cfr. Adv. Haer. 2,11,1. El hombre es llamado (*plasmatio Dei* "*plasma tou Zeou*) en Adv. Haer. 5,9,1, denominación, al parecer, muy querida de S. Ireneo. Encontraremos siempre en su obra especial acento en la bondad que por creación corresponde a toda creatura material o corporal, y en la aplicación de la salvación operada por Cristo, a esa misma naturaleza corpórea, en la consumación final. Era necesario insistir en este punto, contra todo dualismo gnóstico, para que no se desvaniera la fe en Cristo, Verbo hecho carne.

⁸ La libre elección, no la naturaleza, hace que el hombre se comporte bien o mal, y en ese mismo libre arbitrio está su posibilidad de cerrarse al Espíritu y permanecer en las obras de la carne, imposibilitado así de heredar el reino de Dios (Adv. Haer. 5,10,2).

"Sed quoniam omnes eiusdem sunt naturae, et potentes retinere et operari bonum, et potentes rursum amittere id et non facere, iuste etiam apud homines sensatos —quanto magis apud Deum— alii quidem laudan-

Si Dios ha permitido *el mal*, es para que más amemos y estimemos el bien, la debilidad para que estimemos más la fortaleza, las tinieblas para hacernos más honrosa la luz, y la muerte para hacernos más deseable la vida (Adv. Haer. 4,37,7). Dios sigue con el hombre, imperfecto e infantil desde el comienzo de su *historia en el mundo, una como maternal pedagogía* para conducirlo hacia la perfección (Adv. Haer. 4,38,1-4). El hombre perfecto, hacia el que tiende todo el dinamismo de esa economía pedagógica de Dios sobre el hombre, es el hombre espiritual, que alcanza su medida ideal y su prototipo en Cristo: "No consideran (los ebionitas) que lo mismo que al comienzo de nuestra formación en Adán, al unirse al plasma al soplo de vida salido de Dios, dio vida al hombre y le hizo aparecer animal racional; así, al final, el Verbo del Padre y el Espíritu de Dios, al unirse a la antigua sustancia del plasma de Adán, ha hecho al hombre perfecto y viviente, capaz del Padre perfecto, para que como todos morimos en el hombre animal, así todos seamos vivificados en el espiritual" (Adv. Haer. 5,1,3)⁹.

Desde los albores de la historia *reinaron la muerte y el pecado en el mundo*, a consecuencia del pecado de Adán (Adv. Haer. 3,18,7). Cristo, el Verbo de Dios al asumir la carne humana, ha reconciliado con su "carne justa la carne que estaba cautiva del pecado y la ha devuelto a la amistad con Dios" (Adv. Haer. 5,14,2). Cristo nos ha dado ya las arras de la inmortalidad al darnos su Espíritu, una participación y como anticipo, de lo que será toda la gracia del Espíritu, que llevará a la consumación perfecta la voluntad del Padre sobre nosotros, de hacernos conforme a su imagen y semejanza (Adv. Haer. 5,8,1). Esa consumación final sólo se dará en el Reino del Padre, *en el otro mundo* que será el definitivo (Adv. Haer. 4,3,1).

tur et dignum percipiunt testimonium electionis bonae et perseverantiae, alii vero accusantur et dignum percipiunt damnum eo quod iustum et bonum reprobaverint" (Adv. Haer. 4,37,2).

"Sicut igitur qui in melius profecerit et fructum operatus fuerit Spiritus omni modo salvatur propter Spiritus communionem, sic is qui remanserit in praedictis carnis operationibus, carnalis vero deputatus eo quod non assumat Spiritum Dei, regnum non poterit possidere caelorum" (Adv. Haer. 5,11,1).

⁹ Cfr. Adv. Haer. 4,4,1.

LA VIDA DEL CRISTIANO, EN EL MUNDO QUE NO HA RECIBIDO AL VERBO

La vida del cristiano en este mundo ha de ser, por tanto, una vida según el Espíritu, que no es una vida fuera de la carne corporal. Si se quita la carne, dirá S. Ireneo, entonces ya no queda un hombre espiritual, sino un espíritu de hombre o el Espíritu de Dios, pero no un hombre. Y si falta el Espíritu al alma, el hombre queda reducido a carnal, hombre animal, pero "hombre imperfecto, poseyendo la imagen de Dios en su plasma, pero sin haber recibido la semejanza por el Espíritu" (Adv. Haer. 5,6,1)¹⁰. El hombre espiritual se somete al Espíritu, y vive en todo razonablemente, *no al servicio de sus concupiscencias* (Adv. Haer. 5,8,2).

Pero el hombre puede rechazar al Espíritu. De hecho, S. Pablo, nos dice Ireneo, llama *carnales* a los que *no saben gustar sino las cosas carnales*, sirven a los placeres de su carne, viven irracionalmente entregados sin freno a sus concupiscencias, a la manera de los animales. Estos son los que constituyen *el mundo que no ha recibido al Verbo* (Adv. Haer. 5,18,2). Entre ellos los hay que *ni tienen fe en Dios ni meditan su palabra*. Es la abominación de los paganos. Otros como los judíos; tienen las palabras de Dios en sus labios, pero *no hunden sus raíces en el Padre y en el Hijo*. Por eso caen a tierra fácilmente. Los hay también que no meditan las palabras de Dios del modo que hay que hacerlo; y los que no practican obras de justicia, sino que viven despreocupados, dándose a la lujuria y a la gula. "Con razón, pues, el Apóstol llama *carnales y animales* (psíquicos) a todos estos que *por su incredulidad o impureza* no alcanzan el Espíritu divino y echan lejos de sí al Verbo vivificante por signos diferentes y viven *dados a sus concupiscencias*, como los seres irracionales" (Adv. Haer. 5,8,3).

Los perfectos de que habla S. Pablo, que no siguen la sabiduría de este mundo (1 Cor 2,6), son, según Ireneo, los que han recibido el Espíritu de Dios (Adv. Haer. 5,6,1), los que caminan

¹⁰ También al 'plasma', según S. Ireneo, se aplica de algún modo el estar hecho a imagen y semejanza de Dios: cfr. Dem. 11. Pero hay un dinamismo a la perfección de la semejanza, que sólo se da una vez venido el Espíritu al hombre: cfr. Orbe, ob. cit. p. 123-5. Habrá que tener en cuenta, además, que el Espíritu para S. Ireneo se identifica con la Sabiduría (cfr. 2,30,9; 4,20,1; 5,8,1).

con firmeza hacia el Padre y el Hijo por medio de la fe, y meditan día y noche las palabras de Dios para vivir adornados de buenas obras¹¹.

La explicación no es, como querían tantos herejes, la malicia absoluta de la carne corporal y, como consecuencia, la imposibilidad de su salvación (Adv. Haer. 5,31,1; cfr. 2,29). El testimonio del Señor nos dice que la carne es débil, pero el Espíritu es pronto. Por tanto, con el poder dinámico del Espíritu estamos capacitados para superar la debilidad de la carne (5,9,2). El diablo puede, como hizo con Adán y Eva, seducir y desviar al hombre para que traspase los Mandamientos del Señor y cegar poco a poco los corazones de quienes le escuchan (Adv. Haer. 5,24,3). Pero también en esa lucha llevamos las de vencer si, según la potestad que nos ha dado el Verbo, recurrimos a Dios "para que así como el enemigo por su apostasía dominó al hombre, también su apostasía fuese destruida por el hombre que recurre a Dios" (5,24,4).

He aquí descrita la posición intermedia del alma, colocada *entre las seducciones de las concupiscencias de su carne y la llamada del Verbo de Dios*. Azuzadas por el diablo, las pasiones convertirán al hombre en carnal e inmundo, o simplemente (*psyjycós*) animal. La invitación a obedecer a Dios, dejándose guiar por el Espíritu que la salva, hará al hombre espiritual, puro, y un día, incorruptible en su propia carne, llegado a la perfección de su semejanza con el Creador.

Este mundo es un campo, en el que el misterio de Cristo se encuentra escondido, como un tesoro en las Sagradas Escrituras, anunciado por las enseñanzas de la Iglesia en su ministerio apostólico (4,26,1-2). Pero sólo se abren a su reconocimiento los que no se dejan arrastrar a la idolatría, impulsados por sus pasiones

¹¹ No servir a sus concupiscencias, someterse al Espíritu, son, podríamos decir, la parte positiva y negativa de toda ascética cristiana. Los que esto hacen: "Estos son los que el Apóstol llama con toda razón espirituales" (5,8,2). En 5,8,3 nos describe, con insistencia, la conexión de una vida tal de hombres espirituales con la meditación de las palabras divinas. Ellos las meditan día y noche, de tal modo que esa meditación les conduce a llenar su vida de buenas obras. Los demás, o no meditan, como sucede en la generalidad de los casos; o no meditan como conviene, sino que siguiendo sus gustos y caprichos, no ahondan su fe en el Padre y en el Hijo, por eso no producen fruto de obras de justicia.

"Cuando (el alma) sigue al Espíritu, es elevada por él; pero a veces consiente con la carne, y cae en las concupiscencias terrenas" (5,9,1).

y el atractivo de los placeres (cfr. Adv. Haer. 3,25,7; 3,4,1-2; 3,5,1-2).

LA REGENERACION COSMICA

Así como el pecado del primer hombre afectó en sus consecuencias a la creación entera, *esclavizada ahora a la corrupción*, en espera de la manifestación gloriosa de los hijos de Dios (Rom 8,19-21); también la redención afectará a todas las criaturas para que el retorno a la condición primera no deje nada que desear ^{11 bis}. La abundancia de frutos de la tierra, la paz de los animales entre sí y su completa sujeción al hombre, toda criatura llevada a la plenitud de su desarrollo, de acuerdo con la voluntad de Dios, la resurrección de nuestros cuerpos y su participación en auténticos banquetes en la Jerusalén renovada: todo esto son realidades concretas que, según la interpretación un tanto literal y milenarista de S. Ireneo, formarán el reino de los justos en el séptimo día, aquel que precederá a la venida de la Jerusalén celeste y del reino del Padre (cfr. Adv. Haer. 5,32-36) ¹².

Más que la interpretación, en lo que tiene de contingente, dada la intervención posterior del Magisterio de la Iglesia en la cuestión del milenarismo ¹³, nos interesa destacar el sentido mix-

^{11 bis} "Ainsi fallait-il que la recapitulation repassât par les chemins qu'avait pris la première *plasmatio* pour pouvoir la restaurer et l'élever": J. DANIELOU, "Message évangélique et culture hellénistique", ob. cit., p. 168.

Sobre la recapitulación de todo en Cristo, puede verse E. SCHARL, *Recapitulatio mundi. Der Rekapitulations begrif des Heiligen Irenäus und seine Anwendung auf die Körperwelt*, PUG, Roma 1940.

¹² En la homilía pascual, que se ha atribuido a S. Hipólito, se da también especial relieve a las consecuencias cósmicas de la redención de Cristo. Centrándolas en el momento de la cruz: cfr. IP, 55 en R. CANTALAMESSA: "L'Omelia 'in S. Pascha' dello Pseudo-Ippolito di Roma", *Vita e pensiero*, Milano 1967, p. 280:

"El universo sufre una especie de agonía, hasta el momento de la muerte de Cristo, cuando todo vuelve a expandirse, a revivir, a reanimarse. No se puede reducir todo eso a una dramatización retórica de los datos evangélicos referentes a los cataclismos de la pasión."

¹³ Aunque el milenarismo comienza a sufrir fuertes ataques de los Padres, a partir del siglo III, y en el siglo V se puede decir ya completamente abandonado, hubo algunos brotes con el tiempo aquí y allá. En nuestros tiempos ha tenido lugar la intervención explícita de la Santa Sede, en julio de 1944, declarando:

"Postremis hisce temporibus non semel ab hac Suprema S. Congregatione S. Officii quaesitum est, quid sentiendum de systemate *Millenarismi mitigati*, docentis scilicet Christum Domnum ante finale iudicium,

to, de continuidad y discontinuidad a la vez, que atribuye a las realidades terrenas^{13 bis}. Es el misterio que deja desconcertados también hoy a quienes en las palabras del Vaticano II (GS, 38.39.45) quisieran encontrar más o menos de lo que ellas dicen, sin calcular hasta el fondo las consecuencias terribles que ello tendría para la devaluación de la fe cristiana, al evaporar uno de los elementos esenciales —el positivo o el negativo— de su concepción del mundo.

S. Ireneo insiste en el aspecto que se acerca a la continuidad, cuando destaca la conveniencia de que los justos reinen, sean vivificados y reciban el premio de sus dolores en la misma creación en que soportaron la servidumbre, la tribulación y la prueba. Conviene que obedezcan y estén sometidas al hombre las mismas creaturas que se le rebelaron por la desobediencia de Adán, y que sean hombres verdaderos, con cuerpos reales, los que resuciten, y perfeccionados se dispongan a la gloria inmortal del Padre, como fueron reales los que pecaron y quedaron sujetos a la muerte y a la corrupción: "Puesto que son reales los hombres, real conviene que sea también su transformación; no para ir a parar al no ser, sino para perfeccionarse en el ser que son. Pues no desaparece la sustancia o esencia de la creación —es fiel y perseverante quien le ha dado la consistencia—, sino que *'pasa la figura de este mundo'*, es decir, de los seres en que ha tenido lugar la transgresión, porque en ellos se ha hecho viejo el hombre" (Adv. Haer. 5,36,1). (Cfr. 5,31,1 y 5,35,2.)

Señala, en cambio, la discontinuidad cuando explica todo el cambio como una *'apocatástasis'*, una reintegración a la condición primigenia, a la anterior al pecado, una liberación de las esclavitudes, una superación de la lucha y de la rebelión de los seres entre sí y consigo mismos, un sometimiento total a la voluntad divina. La faz del mundo será otra: ordenada, feliz, pura, a imagen de la Jerusalén celeste (5,35,2). Y en último término, ese reino de los justos en la tierra siempre se presenta como una preparación y entrenamiento para la visión de Dios, hasta que, hecho el hombre capaz de la gloria del Padre (5,35,2), ocu-

sive praevia sive non praevia plurium iustorum resurrectione, visibiliter in hanc terram regnandi causa esse venturum.

Re igitur examini subiecta... respondendum decreverunt, *systema milenarismi* mitigati tuto doceri non posse." AAS 36, 1944, p. 212.

^{13 bis} La recapitulación, según S. Ireneo, implica el paralelismo de Adán y Cristo. Exige, por tanto, una semejanza y una diferenciación en el modelo recapitulado (véase Adv. Haer. 3,18,7).

rra la definitiva renovación, y pasados ya el cielo y la tierra (cfr. 4,2 (4,3)), descienda del cielo la Jerusalén de arriba, morada supraceleste, donde ya no se beberá vino (5,33,1), y Dios habitará con los hombres: el hombre habitará realmente en la ciudad de Dios¹⁴.

LA IGLESIA EN EL MUNDO

S. Ireneo es, ante todo, un hombre de Iglesia. No se puede comprender el mundo como Ireneo, sin pensar en la *función sagrada de la Iglesia en este mundo*. La Iglesia es el nuevo pue-

¹⁴ S. Ireneo afirma que el Anticristo recapitulará en sí, al llegar los últimos tiempos, toda la apostasía, la maldad, la seudoprofecía y el engaño de la historia humana, es decir, *del mundo*, y a causa de ello vendrá *el diluvio de fuego*. Es evidente que se refiere a una purificación especial y universalísima de toda la humanidad. Pero es posible que incluya también en su pensamiento una referencia, más o menos directa, a la condición de la naturaleza misma terrenal, ya que, según el tipo del diluvio de tiempos de Noé, vendrá como un "cataclismo para borrar la insurrección de la tierra" (5,29,2. Cfr. 4,3,1).

Comentando las palabras 'el cielo y la tierra pasarán', a las que relaciona las de S. Pablo (I Cor 7,31), 'praeterit figura huius mundi', S. Ireneo aduce las palabras del Salmo: "Non solum Deum ait perseverare sed et servos eius, in centesimo primo psalmo dicens ita: 'Initio terram tu fundasti, Domine, et opera manuum tuarum sunt coeli; ipsi peribunt, tu autem perseverabis... manifeste ostendens quae sint quae praetereunt, et quis est qui semper perseverat, Deus cum servis suis" (4,3,1).

Un poco más adelante, vuelve a destacar el sentido de discontinuidad entre esta vida y el mundo futuro, cuando, comparando a Jerusalén con la caña del trigo, o con el sarmiento, comenta: "Quemadmodum autem haec non propter se principaliter facta sunt, sed propter crescentem in eis fructum, quo maturo facto et ablato, derelinquantur ei e medio auferuntur quae iam non sunt utilia ad fructificationem: sic et Hierosolyma... nunc autem *jam utilis non est ad fructificationem*. Quaecumque enim temporale initium habent, necesse est ea et finem habere temporalem" (4,4,1).

La distinción de tres moradas en la gloria definitiva no afecta sustancialmente a lo que decimos. Así lo reconoce también el P. Orbe, a pesar de su tendencia a revalorizar la salvación aplicada al mundo material: "Ireneo no enseña que la tierra material, por renovada que haya salido de las manos de Dios para asiento de los justos —primero en el milenio y luego en la eternidad—, sea capaz en sí de la vista del Padre... La carne deificada y plenamente *salva* del microcosmos no podrá comunicar al resto del mundo la *αφθαρσία* = *afzarsía* divina, destinada a la sola humana materia."

El párrafo que sigue: "Ostentará, sin embargo, ante Dios título suficiente para que la munificencia creadora *salve* el mundo material de la corrupción, otorgándole existencia sin fin": A. ORBE, "Las tres moradas de la casa paterna", *Bibl. Th. Gr.*, 1969, p. 92. Difícilmente se concuerdan en el autor y en el comentarista los textos (5,36,1-2 y 4,4,1), aunque Orbe admite que, aun la morada de los que merecieron como 30, la más material, es pensada como algo "cualitativamente (en figura y cualidad) distinto del cosmos (corruptible) actual", art. cit., p. 71.

blo de Dios, depositario de la Nueva Alianza, heredero de las promesas hechas a los Profetas y a los Patriarcas (cfr. Dem. 90-95; Adv. Haer. 3,24,1; 5,34,3). El Espíritu, según él, ha llamado islas a las iglesias (Jer. 31,10-14), y son como el puerto que se ofrece para *refugio en medio de la tempestad*, a todos los que quieren evitar el abismo del error, porque aman la verdad (5,34,3)¹⁵.

El mundo de S. Ireneo tiene como elemento sustancial esta presencia sacra de la Iglesia en el mundo, como garantía de la verdad contenida en el tesoro escondido de las Escrituras, y depositaria de la Nueva Alianza y del verdadero sacrificio; como instrumento de santificación querido por Dios para comunicarse con los hombres, y dispuesto en su economía para que los hombres caminen hacia Él, en la vida y el culto que le es grato por su Hijo Jesucristo (cfr. 3,16,6; 4,32-34 y 17,5-18,6; Dem. 90-95).

“Por lo cual es necesario obedecer a los presbíteros, los que tienen la sucesión de los Apóstoles, según hemos mostrado, porque con la sucesión en el episcopado recibieron el carisma seguro de la verdad, de acuerdo con el beneplácito del Padre; a los demás que se separan de la sucesión original, hay que tenerlos por sospechosos, sea cual sea el modo de sus reuniones, o como heréticos y de mala sentencia, o como cismáticos y orgullosos obstinados, o como hipócritas que actúan así buscando su ganancia personal o gloria vana.

Todos ellos se apartan de la verdad... De todos ellos hay que alejarse, y unirse, por el contrario, a los que, según dijimos, conservan la sucesión de los Apóstoles y presentan junto con el orden presbiteral, palabra sana y conducta irreprochable, para edificación y enmienda de los demás” (4,26,2-4).

Cristo, para S. Ireneo, tiene un sentido de recapitulación cósmica, punto de arribo, centro y culmen de todo el dinamismo incluido en el plan salvífico de Dios sobre el universo. Y ese plan, en la única hipótesis actual, la de la caída, es un plan de *'anaquefalaiosis'*, una reestructuración que permite al hombre volver a adquirir todo lo que perdió, recorriendo a la inversa el camino por el que se perdió. Al ser Cristo el primogénito de los que vuelven a ser engendrados para la vida eterna; María

¹⁵ Es el mismo pensamiento expresado por S. Teófilo de Antioquía en Ad Aut. 2,14. Resalta la distinción entre el mundo sometido al influjo del error y de las pasiones, y la Iglesia como organismo de salvación, querido por Dios, establecido por Él como ánora de la verdad.

queda constituida, el seno puro que regenera los hombres para Dios. Así, el nudo de la desobediencia de Eva fue desatado por la obediencia de María (3,22,4; 4,33,11; cfr. 5,19,1). En esa recapitulación, la Iglesia es el paraíso, plantado por Dios en el mundo, donde se puede comer el alimento de la vida (5,20,2).

Esta concepción de lo sagrado en el mundo no supone la exclusión de ninguna creatura como impura en sí misma, o de las actividades y estructuras de la sociedad terrena, ni por el hecho de tener una finalidad inmediata terrena, ni porque estén en manos de infieles o injustos: “¿De dónde vienen las casas en que habitamos, los vestidos que usamos, los objetos que empleamos y todo lo que sirve a nuestra vida ordinaria, sino de lo que adquirimos por avaricia cuando éramos paganos, o lo recibimos de nuestros padres, parientes o amigos, que lo adquirieron por medio de la injusticia, para no hablar de lo que adquirimos ahora cuando ya estamos en la fe?” (4,30,1).

No es el diablo el que ha establecido a los reyes y potestades terrenas, sino Dios. El Señor mismo lo demostró, sometiéndose a las determinaciones de la autoridad, acerca del censo y los tributos, y encomendándonos la obediencia a las autoridades legítimas (Rom 13,1.6). “Por eso, las autoridades, que tienen las leyes por vestido de la justicia, no serán examinadas ni castigadas por lo que hayan hecho justamente y conforme a las leyes, sino por lo que hayan obrado injusta e inicua e ilegal y tiránicamente para la perdición del justo. Por ello perecerán; pues el juicio de Dios llega a todos, de igual modo, sin faltar a ninguno. Por lo tanto, el imperio terreno ha sido establecido por Dios para utilidad de los paganos¹⁶, no por el diablo...; para que, temiendo la autoridad humana, no se devoren unos a otros como los peces, sino que por el establecimiento de leyes refrenen la gran injusticia de los paganos. Y, en este sentido, son ministros de Dios” (5,24,2).

No es que el Señor desee que dejemos hacer a los malvados, sin corregirlos, o que aprobemos sus obras malas. Sino que... sabía que nosotros íbamos a obrar el bien con nuestros recursos recibidos de otro..., dando por nosotros lo que viene del ajeno.

¹⁶ Los cristianos también reciben muchos beneficios del mundo romano: “Qui iustius apparebunt accepisse, utrumne populus ab Aegyptiis qui erant per omnia debitores, an nos a Romanis et reliquis gentibus et a quibus nihil tale nobis debeatur? Sed et *mundus pacem habet per eos*, ut nos sine timore in viis ambulemus et navigemus quocumque voluerimus” (Adv. Haer. 4,30,3).

“No porque el mundo sea ajeno a Dios, sino porque tenemos recibido de otros, eso que damos, de gente que no conoce a Dios como los egipcios; y con ello, levantamos el tabernáculo de Dios: ya que Dios habita con los que hacen el bien” (4,30,3).

Eso sí, nos ha enseñado a no hincharnos, *ni entregarnos a las delicias mundanas* y abundancia de banquetes, para que no caigamos, esclavos de nuestros propios gustos y placeres, y nos olvidemos de Dios (4,2,4). En todo *viviendo con humildad*, damos testimonio de que el mundo es de Dios, esperando todo de Él, no dejándonos arrebatarse por la ilusión de la riqueza y de la gloria presente, “porque es necesario adorar al Señor Dios tuyo y servirle sólo a Él, y no creer al que promete lo que no es suyo con falsedad cuando dice: ‘Te daré todo esto si, postrándote a mis pies, me adoras’ ” (5,22,2)¹⁷.

Unos años más tarde, probablemente hacia el 215, Hipólito de Roma nos ha conservado en la “Tradición Apostólica” los oficios que tenían que dejar los que se convertían, para poder presentarse a la preparación al bautismo. Ni siquiera se debe admitir a examen para el bautismo al mago, al encantador, al astrólogo, al adivino, al intérprete de sueños, al charlatán, al falsificador o al fabricante de amuletos. El que tiene una concubina se ha de casar legalmente con ella para ser admitido. El magistrado, el soldado, han de tener presente que no pueden matar a nadie. El catecúmeno o el fiel no pueden decidir hacerse soldados. El tratante de blancas, el homosexual y el lujurioso, si no cesan en semejantes actividades, serán rechazados por su impureza. Los pintores y escultores han de saber que no podrán en adelante dar figura a los ídolos. Los actores de teatro, los aurigas, los gladiadores y cazadores del circo, y aun los empleados públicos de los espectáculos gladiatorios, tendrán que renunciar a esas ocupaciones mundanas. Aun al maestro de las letras se le avisa que, dada la doctrina que tiene que enseñar, es bueno que deje su oficio; pero se le permite que siga, si no tiene otro empleo (TA, 16). Más que la enumeración de los oficios u ocupaciones concretas, interesa recoger el principio que está a la base de estas determinaciones: la ruptura o desprendimiento que

¹⁷ “Por eso la creación ha sido dispuesta para el hombre: no es el hombre quien ha sido hecho para ella, sino la creación para el hombre”, “para madurar su libre arbitrio cara a la inmortalidad, y disponerle más aptamente a su eterna sumisión a Dios” (cfr. 5,29,1).

el cristianismo comporta, respecto al mundo en torno, aun al legítimamente admitido o permitido¹⁸.

EL CONCEPTO DEL MUNDO EN LA VIDA DEL CRISTIANO

El cristiano es un ser consagrado, y especialmente si participa del rango sacerdotal (4,8,3). En su cuerpo ha de llevar la castidad y en su alma la verdad (Dem. 2,41)¹⁹.

Su vida la conocemos mucho más por menudo por medio de las codificaciones que se fueron haciendo de normas eclesiásticas, llegadas a nosotros a través de las "Constituciones Apostolorum", de las que la "Traditio Apostolica" de Hipólito viene a ser una parte²⁰.

La reacción cristiana, ante el peligro de desintegración que el gnosticismo supuso para la Iglesia de Cristo, se manifestó en otros aspectos, además del doctrinal: "Es entonces cuando se organiza en toda su fuerza y en todo su vigor la disciplina de la iniciación cristiana, pues la Iglesia impone a los candidatos al bautismo un catecumenado largo y severo, y cubre sus mis-

¹⁸ Aun Lactancio, a principios del siglo IV, es testigo de la oposición que se veía entre el ser cristiano y el prestar servicio militar o el ser juez (DI 6,20,16). Pero se ve que les movía más el peligro que ello podría suponer para su fe, que no una oposición a la cosa pública como tal.

¹⁹ En la 2 Cl.8.6 leemos: "Guardad la carne pura y el sello inmaculado para que recibáis la vida eterna."

En la recapitulación cristiana se trata de recobrar la inocencia infantil perdida (Dem. 96), castigando el ímpetu petulante de la carne con el freno de la continencia y del temor de Dios (cfr. Adv. Haer. 3,37). En el estado de integridad primera, el "pensamiento inocente y de niño (de Adán), no podía representarse en Espíritu ni pensar ninguna de esas cosas que, bajo el imperio del mal, nacen en el alma por los deseos voluptuosos y se acompañan de placeres vergonzosos" (Dem. 14).

²⁰ La "Tradición Apostólica", "en sus traducciones copta, etiópica y árabe desempeñó un papel importante en la formación de la liturgia, e influyó asimismo sobre la vida cristiana y el derecho canónico de las Iglesias orientales": J. QUASTEN, *Patrologi*, I BAC, 1961, n. 471.

Constituye "la fuente más rica que poseemos para el estudio de la primitiva liturgia del centro de la cristiandad y de la vida interior de la Iglesia antigua", según QUASTEN, ob. cit., p. 443.

Respecto a la autoridad histórico-teológica de Hipólito, notamos que "no tiene nada de innovador; se atiene a ser campeón de la Tradición, y se puede admitir en su conjunto que el uso litúrgico codificado por él es práctica tradicional; en ciertos particulares ha modificado o acentuado las fórmulas, de acuerdo con sus preferencias personales, pero ha respetado las líneas fundamentales": J. LEBRETON en "Storia della Chiesa", ob. cit., vol. 2, p. 103-104.

terios con el velo del arcano; es en este período, finalmente, cuando la liturgia, hasta entonces bastante libremente improvisada sobre esquemas tradicionales, se somete a fórmulas redactadas por la autoridad e impuestas a todos. Así, la Iglesia en todos los campos organiza su vida, formula su modo de orar y su credo, codifica sus leyes, sin que su autoridad dócilmente obedecida, sofoque por eso el Espíritu”²¹.

Entre las cosas que hay que enseñar al que desea instruirse, además de lo referente a las tres personas divinas de la Trinidad, se reseñan: “Discat creationis diversae ordinem, providentiae seriem, variae legislationis tribunalia; erudiatur, *quare mundus sit factus et cur mundi civis homo constitutum sit; ... quaemadmodum... ab errore ac vanitate ad agnitionem veritatis diversis temporibus vocavit (Deus genus humanum)*” (Const. Ap. 7,39).

El hombre fue constituido ciudadano del mundo por la creación de Dios²². No lo creó Dios porque necesitara recibir ningún beneficio del hombre, sino para hacerle partícipe de los suyos, por medio de su alabanza y servicio²³: “Propter hoc autem exquirat ab hominibus servitutem, ut quoniam est bonus et misericors, beneficiat iis qui perseverant in servitute eius” (Adv. Haer. 4,14,1).

El mundo presente es el *estadio donde el hombre se ejercita* de acuerdo con la palabra de Cristo y lucha por su fidelidad

²¹ “Storia della Chiesa”, vol. II, o. c., p. 3. Véase también el Prólogo, n. 1, de la TA.

²² “Atque ad extremum creationis... condidisti rationale animal, *mundi civem* dicens: ‘Faciamus hominem ad imaginem et similitudinem nostram, *mundi mundum* eum constituens... creans autem ei animam ex nihilo et donans ei quinquertium sensuum mentemque aurigam animae praeficiens sensibus” (Const. Ap. 7,34,6).

²³ “No creó Dios a Adán al comienzo porque tuviese necesidad del hombre, sino para tener a quien comunicar sus beneficios. Pues no sólo antes de Adán, sino antes de toda la creación, el Verbo glorificaba a su Padre, permaneciendo en Él, y era glorificado por Él, según él mismo dijo: ‘Padre, glorifícame con la gloria que tenía en Ti antes de que el mundo existiese.’ No ordenó que Le siguiéramos porque tuviera necesidad de nuestro servicio, sino para concedernos la salvación. Pues seguir al Salvador es participar de la salvación, como seguir la Luz es tener parte en la luz. Y los que están en la luz no son ellos los que iluminan a la luz y la hacen brillar, sino que son iluminados y brillan por ella... Así también el servicio a Dios no da nada a Dios, ni Dios recibe ninguna utilidad de nuestro servicio, sino que Dios concede la vida eterna, la inmortalidad y la gloria sin fin a los que le sirven” (Adv. Haer. 4,14,1).

Cfr. Const. Ap. 7,35.

al Espíritu, en medio de los enemigos, que lo rodean como a Daniel en Babilonia²⁴. Dios “ha mostrado a todos los hombres por la luz natural del entendimiento y juicio y por la intimación de su ley que la posesión de las riquezas no es eterna, ni perpetuo el brillo de la hermosura, que la fortaleza física fácilmente se pierde, que *'todas las cosas son vanidad'* y humo, y que solamente la conciencia fiel no fingida es la que permanece, para subir a través de los cielos con la verdad...” (Const. Ap. 7,33,1-3).

Por eso, la vida del cristiano *en este mundo* ha de perseverar en la actitud de *vigilancia y oración* (Const. Ap. 7,31: Cfr. Com. Dan. 1,33 y 4,52). No sólo debe asistir a la reunión dominical para alabar al Señor y ofrecer el sacrificio de acción de gracias²⁵, sino que debe *meditar asiduamente* los planes de Dios (Const. Ap. 38,9; 36,1; TA. 41). A la mañana, al levantarse, debe orar, antes de ir al trabajo del día. Si hay instrucción en la iglesia, acudir a ella. Si no, tomar un libro santo y leer en él para su utilidad espiritual. Se recomienda la oración de tercia, sexta y nona. Pero, con particular atención, la recepción de la

²⁴ En su Comentario al Profeta Daniel 3,31,2-3, *Babilonia es el mundo*. Los sátrapas son los poderes de este mundo y Darío es su rey. La fosa dice que es el Hades, y los leones, los ángeles del castigo. Lo que nos interesa es el objetivo moral de la comparación alegórica: “Imita a Daniel, no temas a los sátrapas y *no te sometas a la opinión humana*, para que, arrojado al lago de los leones, seas protegido por el ángel, y amansarás las fieras; se postrarán ante ti como siervo de Dios y no te harán daño, sino que serás sacado vivo del lago y participarás de la resurrección; *dominarás a tus enemigos y darás gracias a Dios que vive para siempre*”: citamos siempre atendiendo a la edición de Sources Chretiennes, Hippolyte “Commentaire sur Daniel”, G. Bardy et M. Lefèvre, Paris 1947.

En la misma obra, 2,21, Hipólito explica cómo quien no renuncia a todo lo que posee no puede ser buen discípulo del Señor. El que está privado del Espíritu Santo siente miedo de la lucha, se esconde por temor, toma sus precauciones contra una muerte que sólo es pasajera, se aterroriza ante la espada, no aguanta el suplicio, no tiene ante los ojos más que *este mundo*, se inquieta por su vida, prefiere su mujer y el cariño de sus hijos, y se va tras la riqueza. Los mártires, en cambio, enseñados por el Espíritu, desprecian esta muerte temporal de aquí, y se dan prisa por los bienes celestes.

²⁵ “*Mundum creasti per Christum et sabbatum in huius rei memoriam sanxisti, quia in eo ab operibus quiescere fecisti ad meditationem legum tuarum, et festos dies constituisti in laetitiam animarum nostrarum, ut in recordationem veniremus sapientiae a te conditae...* Supra quae omnia eminent dominicus dies, utpote qui repraesentet ipsum mediatorem, provisorem, legislatorem, auctorem resurrectionis, ‘primogenitum omnis creaturae Deum verbum’ ac hominem... sicut *dominica dies* tibi, Domine, *gratiarum actionem pro cunctis offerre suadet*” (Const. Ap. 7,36,1.6).

Eucaristía, antes de gustar ningún otro alimento²⁶. En las Trad. Ap. 25-26 se describe también una especie de 'lucernario' vespertino. No es la Eucaristía. También se describe con inspirada poesía la oración hecha a medianoche, levantándose del lecho para orar²⁷, y la matutina al canto del gallo.

Según todas estas descripciones, el cristiano vive en constante alabanza del Señor, comunicándose familiar y confiadamente con Él, que *nos ha dado la luz* del día "*ad satietatem nostram*" (Trad. Ap. 25), y *los frutos de la tierra* "*ad laetitiam et nutrimentum hominum et omnibus animalibus*" (Trad. Ap. 31). No estamos recogiendo el orden del día de un monje, sino el que corresponde a un cristiano, aun casado y con familia ("qui in nuptias ligatus est non est inquinatus" (Trad. Ap. 41). Inmediatamente antes de ser bautizado, debía aprender lo que se refiere a la renuncia al diablo, y a su dedicación a Cristo: "Oportet enim illum *primum abstinere a contrariis et deinde ingredi ad mysteria*" (Const. Ap. 7,40).

Y al bautizarse expresaba así su renuncia: "Renuntio Satanae et operibus eius et *pompis eius* et cultibus eius et angelis eius et inventis eius et *omnibus quae sub eo sunt*" (Const. Ap. 7,41, 1-2)²⁸.

²⁶ Cfr. TA. 41 y 35. En TA. 36-37 podemos leer lo referente al modo de recibir la Eucaristía: antes de ningún otro alimento, y evitando que la reciba ningún infiel, que llegue a ella algún animal, o que caiga algún fragmento y se pierda. "Quod oportet percipere ex eucharistia primum, quotiescumque offertur, antequam aliquid aliud gustetur" "Omnis autem fidelis festinet, antequam aliquid aliud gustet, eucharistian percipere" (TA. 36).

²⁷ "Toda la creación descansa en ese tiempo para alabanza del Señor: las estrellas, los árboles, las aguas, están como en pie en ese momento, y todo el ejército angélico que le sirve, alaba a Dios Omnipotente a esa hora, unidos a las almas de los justos" (TA. 41).

²⁸ El objeto de la renuncia, al multiplicar los términos que lo describen, puede quedar un poco confuso para nuestra mentalidad actual. Quizá ayudará saber que en la versión etiópica de la TA. 21, al tratarse de la renuncia bautismal a Satanás y todo lo suyo, la expresión "*omni servitio tuo*" es sustituida por "*omnibus angelis tuis*". Probablemente la palabra del texto griego perdido que correspondía a "servitio" era '*pompé*', más bien que '*latreia*'. Se comprende, por tanto, que al referirse a su séquito se incluya a los ángeles rebeldes que le siguieron y a todos los seres que de alguna manera le sirven, en su empeño por perder al hombre y alejarlo de Dios. He aquí lo que parece haber querido explicitar la fórmula conservada en las Const. Ap., al multiplicar los términos de la descripción.

El mismo Hipólito nos dirá que la bajada de Goliat significa "casum Satanae... qui *habitat in facilitatem amantibus mentibus hominum* et pugnat cum electis contemnens sanctos Dei", DG 7,4. Y en DG 7,11:

Las vírgenes y las viudas deben ayunar con frecuencia y pedir por la Iglesia. Los sacerdotes cuando quieran, y lo mismo los seglares. El obispo no puede ayunar más que los días en que todo el pueblo ayuna²⁹. Ya S. Ireneo nos había hecho recordar la idea de S. Pedro (1 Petr 2,9), de que el cristiano participa del rango sacerdotal. Pero él parecía distinguir a los dotados del sacerdocio ministerial con especiales exigencias de renuncia y de consagración: "Sacerdotes autem sunt omnes Domini discipuli, qui neque agros neque domus hereditant hic, sed semper altari et Deo serviunt. De quibus et Moyses in Deuteronomio in benedictione Levi (Deut 33,9). ... Qui autem sunt qui dereliquerunt patrem et matrem et omnibus proximis (domesticis) renuntiaverunt propter Verbum Dei et testamentum eius, nisi discipuli Domini? De quibus iterum Moyses: 'Hereditas autem, inquit, non erit eis: Dominus enim ipse hereditas ipsorum'" (Adv. Haer. 4,8,3)³⁰.

"Clipeus aureus super humeros eius: hoc totam naturam manifestat; monarcha factus et ad se attrahens totum mundum congregavit Satanas per idololatriam, sicut Johannes dicit: 'Mundus totus in malo stat'." (Atendemos al códice armenio 145 de Santiago de Jerusalén.)

En el georgiano, a propósito del texto de Is 59,5-6, Hipólito comenta: "Quorumnam texentium dixit, nisi de illis qui vanitatem cogitant et diabolo sunt subditi?", DG 7,12.

²⁹ Véase TA. 23: Las razones que se dan para lo que se refiere al Obispo están tomadas de las necesidades de su ministerio. Ya habíamos notado, desde los primeros Padres Apostólicos, la existencia de un como estado de vida o una clase especial en la Iglesia primitiva, que correspondía a las vírgenes y viudas. Se consagraban de un modo particular al servicio de Dios, y merecieron siempre una estima especial en la comunidad: TA. 10 y 12.

³⁰ El texto Dem. 96 puede presentar dificultad de interpretación, ya que parece acabar con las décimas y con el descanso dominical, y extender a todos los cristianos lo de abandonar padre y madre, etc. Ello podría inducir a alguno a dar a su lenguaje un sentido meramente espiritual: "La ley no dirá ya más: 'No cometerás adulterio a quien ni siquiera ha concebido el deseo de la mujer ajena, no desearás el campo de tu prójimo o su buey o su asno' (Ex. 20,17) a quienes no tienen absolutamente ninguna preocupación por las cosas de la tierra, sino que hacen provisión de los frutos del cielo... Ni pedirá las décimas a quien ha consagrado a Dios todos sus bienes, ha abandonado padre y madre y toda su familia por completo y sigue al Verbo de Dios; ni habrá imposición de no hacer nada durante un día de reposo para quien observa el sábado todos los días, es decir, rinde culto a Dios en el templo de Dios que es el cuerpo del hombre, y practica la justicia en todo tiempo."

Creo que la interpretación más acorde con el propio pensamiento del autor, manifestado en otros pasajes, nos lleva a pensar que sólo quiere ponderar que el cristiano no sólo cumple materialmente la ley, sino que la ama, y supera con su vida las exigencias de la ley antigua. Véase, a este respecto, la larga explicación que da en este sentido

De nuevo nos aparece la mentalidad de fe cristiana con un concepto sagrado del mundo, porque de Dios es y a Dios nos ha de llevar; pero con una sacralidad pluriforme y diversa en sus grados —permítase la expresión— según la mayor o menor comunicación divina a sus creaturas, y según el vínculo de relación con que las escoge y destina para sí.

La actitud correspondiente a este concepto del mundo³¹ queda reflejada en la plegaria que nos han transmitido las Const. Ap. 7,45,3: "Deus Omnipotens: Pater Christi tui, unigeniti filii tui, da mihi corpus immaculatum, cor mundum, mentem vigilem, scientiam non erratam (gnosin aplané), spiritus sancti adventum ad possessionem et certam fidem veritatis per Christum tuum, per quem tibi gloria in Sancto Spiritu in saecula, amen."

Adv. Haer. 4,12,5-13,4. También las Const. Ap. 7,21 hablan de las primicias que se han de dar a los sacerdotes, y las décimas que se han de repartir a viudas, pobres y peregrinos... Cuando Dem. dice: "La ley no dirá ya más: 'No cometerás adulterio' a quien ni siquiera ha concebido el deseo de la mujer ajena", comienza a desarrollar la idea que prosigue al afirmar: "Ni pedirá las décimas a quien ha consagrado a Dios todos sus bienes, y ha abandonado padre y madre y toda su familia por completo, y sigue al Verbo de Dios."

Por otra parte, parece que ha mezclado los ejemplos de casos que se refieren a diversos tipos de personas, sin distinguir claramente entre unos y otros. Es posible que haya querido distinguir, con el empleo del plural, lo que se refiere a todos los cristianos en general, "quienes no tienen absolutamente ninguna preocupación por las cosas de la tierra, sino que procuran provisión para el cielo"; pero no lo ha observado en todos los miembros del párrafo. En Adv. Haer. 4,12,5 comenta el consejo de Jesús al joven como un modo de descubrir Jesús a aquel muchacho, su apego a las riquezas: "Prometiéndole la parte de los Apóstoles a los que así hicieren, y no anunciaba a los que le seguían otro Dios Padre diverso del que fue anunciado por la Ley desde el principio... (como pretendían los herejes), sino que enseñaba a cumplir los preceptos que Dios dio desde el comienzo, y a vencer la concupiscencia antigua por medio de obras buenas, y a seguir a Cristo."

La distinción de órdenes y grados de consagración, según la misión propia y la gracia recibida de Dios, se refleja claramente en el orden de la exposición seguida en la TA. de Hipólito: cfr. Introducción de B. Botte en la 2.^a edic. de SC. (1968).

³¹ No hemos prestado atención al concepto cosmográfico de "mundo" en S. Ireneo, por no ser el objeto de nuestro trabajo teológico. Pero es verdad que aparece, en algún momento raro, p. ej., en Dem. 9. Este mundo (la tierra) es considerado como rodeado o envuelto por 7 cielos, donde habitan los ángeles y arcángeles que dan culto al Creador. Con un sentido alegórico realista, viene aplicado a cada ciclo el dominio de un don del Espíritu: sabiduría, inteligencia, etc.

También encontramos rasgos de esta concepción cosmográfica de los 7 cielos en el "Com. a Daniel" de Hipólito (2,29,5).

RESUMEN

Para un teólogo que hubiera deseado abrirse al mundo en el siglo II, diluir el cristianismo en las especulaciones gnósticas habría sido una tentación encubierta bajo el atractivo de los signos de los tiempos, o del curso irreversible del dinamismo histórico. Pero los que lo seguían hasta sus últimas consecuencias desvanecieron el misterio de la Encarnación y de la Redención, en su intento de racionalizar la problemática del mal en el mundo, y todos los misterios de la fe cristiana.

Para S. Ireneo y para todo hombre de Iglesia y teólogo, anclado en la Tradición apostólica de la fe, fue necesario aceptar el escándalo de la encarnación y de la Redención operada por Cristo. La materia y el mundo quedarán rescatadas en el cuerpo animado del hombre gracias al dinamismo del Espíritu, que lo resucitará y glorificará, en los nuevos cielos y la nueva tierra, hasta devolverle en su perfección la semejanza divina que perdió por la rebelión y apostasía³².

El mundo físico sigue siendo para ellos el escenario de la vida del hombre, aunque no meramente estático, pues entra en relación estrecha con la caída y rescate de la humanidad, y quedará también transformado en la definitiva renovación.

El mundo de los hombres queda afectado por la incredulidad y la apostasía de la primera culpa y por la influencia continuada de Satán. Es tinieblas, lucha, rebelión, servidumbre, prisión. La luz de Cristo ha brillado, y sigue brillando en la Iglesia para el mundo, como un germen de liberación, que ha de desarrollar su eficacia a lo largo de la historia. Como Cristo no se identifica con el mundo, a pesar de haberse encarnado, tampoco la Iglesia se identifica con el mundo. El mundo ha de transformarse por medio de la aceptación en obediencia de la Palabra de Dios. Es el hombre quien ha de realizar la aceptación de la Verdad y del influjo de la vida divina en la Iglesia.

Nos encontramos enrolados en un proceso de 'anaquefalaisis' que sólo se realiza, en la renuncia al error del 'mundo' y en el seguimiento de Cristo, mediante una vida según el Espíritu.

Roma.

MANUEL RUIZ JURADO, S.J.

³² "Pour lui (para S. Ireneo) l'oeuvre du Christ ne consiste pas tant à réparer la chute qu'accomplir la mission, là où le premier homme avait échoué", escribe A. HAMMAN, *L'enseignement patristique sur la création*, p. 122, en RSR 42, 1968.